IV

Nosotros nunca podremos devolverle el clima natural a Zenitra. No aprendimos jamás a practicar el equilibro entre nuestros odios y nuestros afectos, nunca perseguimos la armonía; ahora lo sé, sin embargo, ya es demasiado tarde.

Nuestro pueblo va a desaparecer. Llueve en Zenitra, sigue lloviendo, lloverá toda la vida, veré la lluvia hasta el momento de mi muerte.

Pese a todo, me siento lleno interiormente, con la sensación de haber aceptado en paz y para siempre las cosas de este mundo, de vez en vez experimento un vacío de odios y frustraciones y relampaguea pacíficamente sobre mi techo. Por las noches, cuando me tiendo en mi lecho, tengo la seguridad de estar dentro de una campana de cristal lagrimeante y empañada y entonces me vienen unas ganas inmensas de llorar y diluir mi cuerpo en esta agua que no cesa de caer, para que cuando el orden natural sea restablecido, también yo pueda caer en gotas, humedecer mis calles y abonar con las sal de mis huesos el valle desolado de Zenitra.

ESTAMPA Y CAZADORES

La media docena de cazadores estaba hambrienta. Habían perdido el rastro de un caballo con garras al bordear una ladera, y no les hubiera parecido extraordinario que desde cualquier recoveco les arrojara bocanadas de fuego.

De pronto, en la cima de una colina vieron al ciervo azul, pero estaba prohibido matarlo. Era un animal hermoso y enorme, medía más de dos metros de altura y tenía la envergadura de una canoa para siete hombres. El ciervo azul los miró con altanería, mientras ellos admiraban arrobados su testuz dorada.

Con susurros, tres de los cazadores opinaron que había que escapar cuanto antes, pero dos más hambrientos los sometieron asegurando que era preciso sobrevivir y dominar su miedo. El otro miró a los dos grupos, y acaso más inteligente, escapó a toda prisa. Los dos más decididos, sorprendieron a los temerosos y los aniquilaron con sus lanzas. Entonces, obediente a la naturaleza que los hombres le habían conferido, el animal actuó en consecuencia: los embistió y los destrozó en un par de segundos.

El ciervo azul se fue trotando por las praderas más hermoso que nunca, con las pezuñas estriadas de sangre y ondeando al sol su penacho de fuego.

El universo recién estaba formado, comenzaba a ser coherente; sólo hacían falta más hombres capaces de intentar cazar ciervos azules. Los cazadores nunca lo supieron, pero para su desgracia y la de su pueblo, la carne de esos animales tiene un sabor amargo.